

carse por este medio, nos parece que uno de los primeros debiera ser el de Pavía, por la gloria que cupo en él á un guipuzcoano.

Pudiera ser otro el de las Dunas, en memoria de la célebre batalla naval que sostuvo en dicho punto el almirante don Antonio de Oquendo.

Al hacer estas indicaciones, no nos mueve el ánimo de imponer á nadie nuestra opinión. Solo deseamos que en la apertura de nuevas calles, y al acordar los nombres que han de llevar, se procure perpetuar, como hasta aquí, la memoria de personas y de hechos gloriosos para nuestro país.

LUIS ALBERDI.

LA BATALLA DE FRAGA

Y LOS ARAGONESES Y NABARROS

I

(A MI QUERIDO AMIGO ANTONIO ARZÁC)

«Nobles caballeros, preparad los corceles de batalla, que la espada no puede estar ociosa largo tiempo, y es preciso darle su natural empleo. Hemos vengado el agravio inferido por el duque de Aquitania a nuestro aliado conde de Bigorra; Bayona es nuestra; pero esta expedición ha dado alientos á los soberbios jeques de Lérida, Valencia y Tortosa.

Los tantas veces vencidos mahometanos, han cobrado audacia con nuestra ausencia, el reino aragonés está quizá en grave peligro según las noticias que recibo; vuelvan, pues, las armas al campo de sus antiguas glorias, y probad á los musulimes lo mucho de que aún somos capaces.

A vosotros, flor de nobleza, intrépidos señores del Bearne y de Gascuña, rico-hombres de Aragón y de Nabarra, no necesito recomendaros la actividad, cuando se trata de pelear; demostrado tenéis

vuestro valor, Gastón de Bearn, Guillén Bacalla y D. Beltrán de Tolosa, como mi buen vizconde de Gabarte, Rotrón de Alperche, conde de Cominges, Auger de Miraniont, Arnaldo de Gabadan, y los demás caballeros. Reunid las mesnadas, que con la ayuda de Dios y de su Santa Madre, las aguas del Ebro, del Cinca, y del Segre, reflejarán de nuevo el escudo de Aragón, ceñido del laurel de nuevas victorias».

Así habló á sus capitanes el anciano rey D. Alfonso el Batallador, cierta tarde del año 1131, en las afueras de Bayona, cuando como de costumbre se reunían á hacer plática, y acompañarle á pasear; y cuando de él se hubieron separado, mandaron hacer muestra de sus tropas, que se hallaban dispersas por los pueblos y caseríos inmediatos; y reunidas las mesnadas reales y señoriales, franqueó pronto la aragonesa hueste los Pirineos, por el histórico Roncesvalles y el collado de Ibañeta.

Con la velocidad del rayo cayeron sobre la morisma, que en son de algarada había penetrado bastante desde su frontera, y los molestos huéspedes hubieron de retirarse, refugiándose en sus castillos y almenadas poblaciones, huyendo de los cristianos, cuyo arrojo acababan de experimentar bien á su costa, perdiendo muchas vidas, además del fruto de sus rapiñas, que había sido más abundante que otras veces. Azorados andaban por sus mezquitas, rezando la *azala del miedo*, oración de los trances apurados, plegaria que dirigían al dios grande, abreviando las postraciones y ceremonias, para pedirle con temblorosa voz el exterminio de los enemigos del Profeta, mientras las tropas del Batallador, talando campos y saqueando aldeas, llevaban ante sí el espanto, entrándolo todo á sangre y fuego.

Se distinguían por su fiereza y temerario arrojo aquellos invencibles almogávares, milicia sin ejemplo, la más á propósito para sorpresas y rebatos, encargados del principal papel en todos los hechos arriesgados, flanqueadores inapreciables, llegaron á ser el terror de sus contrarios, y batiéndose en el llano, introducían el desorden entre la caballería árabe, á la que hicieron más de una vez volver grupas.

Entre los montañeses de Nabarra y Aragón, se constituyó esta especie de cuerpos francos, gente robusta y fornida, de que hoy nos dan alguna muestra los valles de Hecho y Ansó, al llenar el cupo de los batallones de cazadores, cuyo personal admiramos, á pesar de la decadencia de los tiempos con respecto á los guerreros hábitos. Acostumbrados á la fatiga y á las privaciones los almogávares, mandados

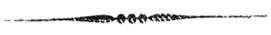
por sus propios caudillos ó adalides, tenían como constante ocupación las incesantes correrías en tierra de moros cuando no servían á sus reyes; el sustento diario habia de ser cogido al enemigo.

Grosero y ordinario era su vestido, dándoles más aspecto de fiereza; lo constituía las pieles de los animales que comían; calzaban abarcas de cuero, y una red de hierro ceñía su cabeza, la que algunos sustituían con cuerdas que han degenerado en el pañuelo que hoy se usa. Llevaban espada, chuzo y tres ó cuatro venablos, haciéndose acompañar á todas partes de sus mujeres é hijos, para que siendo testigos de su gloria ó afrenta, se educaran en igual costumbre. Las glorias de la reconquista de Aragón debieronse en gran parte á ellos; ¿cómo resistir á tales gentes, á su invencible monarca, y á los caballeros y ricos-hombres que venían? Hechos muy recientes demostraban que era imposible. En los ocho ó diez años anteriores, se habia engrandecido el reino de Aragón por medio de la conquista, de un modo notable. Fueron tomadas Egea, Tauste, Castellar, Tudela, Zaragoza, Almudevar, Cariñena, Tarazona, Borja, Alagón, Mallen, Magallón, Epila, Calatayud, Bubierca, Alhama, Ariza y otros muchos lugares de la comarca del Jalón y del Giloca. Daroca habia abierto sus puertas á los vencedores, después de la célebre batalla de Cutanda, donde sufrieron los reyes moros de Valencia y Zaragoza la más desastrosa derrota; y últimamente, el escudo aragonés habia sido conducido hasta las orillas del Genil, en una afortunada expedición hecha á Andalucía por D. Alfonso, de la que regresó atravesando países enemigos, sin que nadie se atreviera á ponersele delante, después de haber sentado sus reales ante los muros de Granada.

Pero aunque su valor habia dado al sarraceno mucho que sentir, quiso tomar á Mequinenza y Fraga, considerando un baldón que estuviesen aún en poder de infieles; y acostumbrado á llevar á cabo lo que se proponía, cayó con 4.000 de los suyos sobre Mequinenza, importante fortaleza, situada en los confines de Cataluña; y después de tres meses de sitio, en que se llevaron á cabo hechos notables, cuando se hallaba próximo el asalto, temiendo los moros ser pasados á cuchillo, entregaron la ciudad á D. Alfonso, que tomó posesión de ella, verificando la entrada con sus soldados el día 18 de Junio del año 1133.

MANUEL DÍAZ Y RODRIGUEZ.

(Se continuará)



LA BATALLA DE FRAGA

Y LOS ARAGONESES Y NABARROS



II

Intrépidos guerreros, ricos-hombres de Aragón y Nabarra cuyo pesado brazo produce espanto en los infieles, aún os queda otra empresa más árdua; vuestro anciano rey quiere tomar á Fraga, y aunque es difícil apoderarse de ella, ¿quién de vosotros rehusará el honor de tal campaña? Nadie seguramente; vuestras armaduras producen mil destellos al ser heridas por los rayos solares. Caballeros, escuderos y pajes de lanza, hombres de armas, peones y almogávares, dispónense á marchar; piafan los corceles ardorosos, tascando impacientes el freno, todos se muestran alegres y resueltos; may ¡ay! que por vez primera, después de muchos años, la inconstante fortuna va á oscurecer el sol de vuestra gloria.

Fraga es una plaza de guerra sumamente fuerte por su natural posición; se halla colocada en un lugar tan escarpado y de tan difícil acceso, que basta poca gente para defenderla; á lo estrecho del camino y ventajosa situación para los de dentro, habia que agregar las obras de fortificación, que combinadas con los obstáculos naturales la hacian casi inexpugnable. Largo iba á ser el asedio que se le puso; hechos aislados de valor hubo muchos, pero siendo preciso reducir las tropas para atender á la cosecha, D. Alfonso, con harto pesar, se vió forzado á levantar el cerco y volver á Zaragoza.

No hay nada que más empeño dé á todos los hombres, que lo difícil de vencer; pero al aragonés, sobre todo, le enardecen los obstáculos de una manera inconcebible; proverbial es la fuerza de voluntad

de los hijos de esas provincias, cuando se empeñan en una cosa; el rey, que poseía en alto grado esta cualidad, resuelto á tomar á Fraga, si levantó el campo, fué con la resolución de volver pronto, y así sucedió; pues apenas terminadas las faenas campestres y hecha la recolección, con 4.000 hombres cayó de nuevo sobre ella, pero hallándola bien guarnecida y abastecida, tuvo que volver á cercarlas y combatió á los caudillos moros que en auxilio de los sitiados se presentaron, cuando un invierno crudísimo, como hacia años no se habia visto, originaba tal número de enfermedades en su escasa hueste, que ya muy disminuida vióse segunda vez forzado á dejar el sitio hasta que variase la estación. Pero con las dificultades crecía el deseo, y con acuerdo de sus nobles y caballeros decidió arriesgarlo todo antes de dejar la empresa, y para más obligarse, juró sobre las santas reliquias en el templo de Mequinenza no desistir hasta conquistar á Fraga.

De 4 a 5.000 combatientes provistos de algunas máquinas de guerra, reuniéronse tres meses después resueltos á hacer la última tentativa, y de tal manera estrecharon el cerco, que convencidos los moros de la inutilidad de resistir, pues al fin sería tomada por asalto, izaron bandera blanca y admitidos á parlamentar, ofrecieron rendirla por capitulación con la condición de que no se persiguiera á nadie, se dejara salir á la guarnición libremente y respetaran las vidas y haciendas de los que permaneciesen en ella; proposiciones que fueron desechadas, pidiendo el Batallador se rindiesen á discreción, sin condición alguna; pues próximo el asalto, si no lo hacían así, serían pasados á cuchillo todos, castigando la obstinada resistencia á que no estaba acostumbrado, la que habia agriado mucho su carácter, que sin esto era ya de por sí bastante duro.

Entonces decidieron los moros defenderse hasta morir, y despacharon dos distintos emisarios pidiendo socorro al cercano Walí de Lérida: uno de ellos, cogido por los almogávares que formaban la línea de bloqueo, fué decapitado; el otro, valiéndose de un disfraz, logró atravesar el campo cristiano aprovechando la oscuridad de la noche, y con mil trabajos llegó á Lérida, presentóse al Walí pidiendo con gran afán ayuda para sus hermanos, y tan conmovedoras fueron sus palabras, que aquél decidió acudir con la gente que tan urgentemente se le reclamaba.

Era Aben Gaya Walí de Lérida, un árabe ilustrado, descendiente de los primitivos conquistadores, de los pocos que iban dejando las

continuas irrupciones de otras razas; de elevada estatura, algo moreno, con la puntiaguda barba de los hijos del Yemen; oyó muy conmovido las calamidades que á sus vecinos amenazaban, y halló propicia la ocasión para batir al aragonés, porque temiendo por sus propios estados, habia pedido refuerzos á Africa de donde acababan de llegar diez mil almoravides; reunió con ellos otros dos mil de sus antiguos vasallos y marchó á encontrar al de Aragón, decidido á obligarle á levantar el asedio, mientras D. Alfonso daba sus últimas órdenes para asaltar la plaza, muy ajeno de la tempestad que le amenazaba.

MANUEL DÍAZ Y RODRIGUEZ.

(Se concluirá)

UDA BERRIYAREN AGERTZEAN

(OYARBIDE-KO A., NERE LENGUSU MAITEA-RI)

Choriyak asi dira
 Chit alai kantatzen;
 Basoa ta zelaiyak
 Berriro loratzen.
 Edurra mendiyetan
 Asi da urtutzen...
 ¡A zer alaitasuna
 Onek dun ematen!

Euzkiya da laster
 Asiko berotzen
 Eta mendi illunak
 Osoro argitzen.

Baso-loreen usaiya
 Asi da somatzen.
 ¡Zer poza uda-berryak
 Duben beti ekartzen!

¡Bedeinkatu dezagun
 Jainkoaren Izena!
 Berak beti egitendu
 Guretzat onena.
 Egin dezagun beti
 Esaten diguna
 T'artuko degu sari
 Eskeintzen dubena.

ELEIZALDE KO LUIS-EK.

1894-ko Jorraillan.

LA BATALLA DE FRAGA

Y LOS ARAGONESES Y NABARROS



III

Empezaba el sol naciente á dorar las cumbres de las montañas próximas. Era el 20 de Julio de 1134, cuando desde las atalayas del campo de los sitiadores de Fraga vino el aviso que hacía la parte de Lérida habian descubierto algunos merodeadores numerosas fuerzas. D. Alfonso el Batallador no puede contenerse ni esperar, ¡seguidme! grita á los suyos, y montando en seguida sobre un brioso corcel de batalla, marcha precipitadamente hácia el enemigo, seguido de unos 400 jinetes, que á escape se le unen, los almogávares también marchan poco después, pero pronto la caballeria los deja á gran distancia.

Cerca de dos leguas de Fraga, en un ondulado llano, descubren á los 12.000 hombres que, conducidos por el Walí de Lérida, les han divisado y esperan la acometida. Aún no habia tenido Aben Gaya tiempo para ordenar su gente, cuando la cabeza de sus tropas fué rota y lanceada por los caballeros, ricos-hombres y escuderos, á cuyo frente marchaba el rey.

No deja de apercibirse que es un acto de temeridad, atreverse un puñado de héroes con una muchedumbre inmensa y bien armada. Los almogávares aún no se ven venir y el Walí manda á los taifas montados de retaguardia, que ganen los flancos y envuelvan á los valerosos aragoneses; pronto se ven estos cercados, y la infanteria almoravide forma un apretado cinturón, en cuyo centro pelean con furor los jinetes cristianos con los árabes; se ha formado un círculo de hierro que es imposible romper, la pelea se enardece, corre la sangre á

torrentes, y suenan las espadas sobre los almetes y corazas, despidiendo el hierro mil centellas antes de quebrarse, las lanzas saltan hechas astillas, las mismas espadas y alfanjes se inutilizan, y al fin las ferradas mazas y las hachas de dos filos son las únicas armas que se ven enarboladas sobre las cabezas abollando el acero ó partiéndolo como hojas de papel. Récia y fiera fué la pelea, tintas en sangre las armas de los cristianos, cansados estaban de destruir enemigos, que se multiplicaban á medida que sucumbían: deshechas y rotas las armaduras á hachazos, empezaron á caer los más esforzados campeones, y unos tras otros mueren los hijos del de Bearne, Centullo de Bigorra y los obispos guerreros de Rosa y de Jaca, sobre montón de cadáveres moros que les preceden en el camino de la eternidad.

¿Qué es en tanto del anciano rey D. Alfonso? ¿Dónde se halla el intrépido Batallador? Fácil es divisarle, no solo por el blanco penacho que lleva en su cimera, sino por el ancho círculo que le rodea; ¡cuál maneja el mandoble á pesar de sus años! la nieve de sus barbas se halla ya manchada de sangre y lodo; por tierra yace su caballo muerto, y él parapetado con el cuerpo del noble animal, se hace respetar todavía; sus escuderos han ido sucumbiendo y le amagan mil y mil hierros y algunos le hieren, lucha cual un bravo leon, pero al fin sucumbirá, como mueren los valientes; bien cuadran á su actitud los versos del antiguo romance castellano:

La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en el polvo ve desecha.
Tintas en sangre las armas
Suya alguna y parte ajena,
Por mil partes abolladas
Y rotas algunas piezas.

Pero al caer termina una vida de grandiosas hazañas y su gloria es mayor que la del desdichado D. Rodrigo; los campos de Fraga no son ni ser pueden ya los del Guadalete, no; que llegan al fin los fieros almogávares, y si su reducido número no puede disputar la victoria, logran al menos recoger del campo los despojos, y con el cadáver de su rey y los de los buenos caballeros que á su lado cayeron, retiranse á Mequinenza.

Así acabó el conquistador de Tudela, de Zaragoza, de Tarazona,

de Calatayud, de Daroca, de Bayona, de Mequinenza y de mil plazas y castillos, el vencedor de numerosas batallas, la gloria de Aragón y el espanto de los infieles. D. Alfonso I el Batallador, fué un rey cual convenia en aquellos tiempos, activo, incansable y guerrero; jamás hizo una alianza con los moros. Honra de España y de Aragon, murió como habia vivido, dando y recibiendo cuchilladas en el fragor de la pelea.

El distinguido historiador militar moderno D. Pedro Hernandez Raymundo, dice al hablar de él. «Tenia Alfonso cuando murió más de setenta años, habia reinado treinta, y de veintinueve batallas campales que se asegura sostuvo, solo fué vencido en la última».

Si en la historia han de buscarse los buenos ejemplos ¿dónde podrá presentársenos figura más militar, más heróica que la de este valeroso rey? Gloria de España y de Aragón, su memoria será imperecedera; á él se debe en gran parte la reconquista, y esperamos que hallará imitadores entre sus paisanos, nuestros contemporáneos, herederos del valor, lealtad y franqueza de que tantas pruebas nos dieron en la guerra de la Independencia de 1808, haciendo de cada aragonés otro nuevo batallador, siempre que se halle en peligro la integridad del territorio, conquistado por sus antepasados en la larga lucha de siglos, que por su constancia no tiene ejemplo en los anales de la historia del mundo.

MANUEL DÍAZ Y RODRIGUEZ.

San Sebastián y Abril de 1894.

